

Cuarenta y siete

Había que saber mirar
Para verlos cabalgar más allá del velo del tiempo.
Y para escucharlos,
Había que hacerlo desde un hondo y verdadero silencio.
Cuando ya el sol despuntó,
El eco de las caballerías hizo crujir el páramo frío,
Atravesando la frontera de la niebla espesa
Y flanqueando el contrafuerte del barrizal de los caminos.
Una inmensa soledad,
Capaz de atenazar el impulso del campesino viejo,
No era razón para contener el paso de un puñado de hombres:
Decididos, valientes, armados hasta los dientes.
Más allá de aquel primer paisaje
Se erguía, imponente, el castillo de Kira,
Que esgrimía fosos, empalizadas, torreones, murallas,
Y un ejército de fieles determinado a morir.
Antes de enfrentar la contienda suicida,
Fieles a su destino,
Los samuráis de Asano se detuvieron,
Formaron un solo cuerpo y gritaron las palabras mágicas.
Después, desenvainando la espada,
Con la mirada clavada en las armaduras enemigas,

Despojados del miedo y la deshonra,
Los cuarenta y siete ronin acometieron su ataque definitivo.

Kenshinkan dôjô 2019